

EL PROCURADOR

DEL RET



GENERAL

T DE LA NACION.

---

LUNES 27 DE FEBRERO DE 1815.

San Baldomero Conf. = *Quarenta Horas en la parroquia de San Ginés.*

VIVA FERNANDO.

---

**VOTO QUE HIZO EL EXCELENTISIMO SEÑOR MARQUES**  
*de Mirabal, Gobernador del Consejo, en la Junta que de órden del Rey se convocó en su posada, y pasó con todos los demas á manos de S. M. por Diciembre del año de 1722.*

SEÑOR: En Decreto de 16 de Julio este presente año de 1722, se sirvió V. M. mandar, se formase en mi posada una junta de ministros de todos sus Consejos, en la que mandó exâminar si era mas conveniente se estableciesen los Tribunales de la casa de contratacion y consulado en Sevilla (como siempre estuvieron), ó en Cadiz, donde al presente estan; como tambien el estado de la canal y barra de Sanlúcar, para que estando corriente, se hiciesen los comercios por aquel Puerto á Sevilla, como se hicieron en lo antiguo.

En esta junta se vieron todos los papeles conducentes á uno y otro asunto; y habiéndose conferido en el principio, y últimamente expuesto cada uno su dictamen en el dia 2 de este mes de Diciembre, la mayor parte de votos fué de sentir, debian restituirse los dichos Tribunales de contratacion y consulado á Sevilla; y que la canal de Sanlúcar, arreglándose los navíos al porte y buque que por Reales órdenes está mandado, estaba segura y corriente, como en lo antiguo estuvo, sin



que en ella haya diferencia de como siempre fué.

En conformidad de la orden de V. M. los ministros expondrán sus votos y fundamentos á su Real comprehension, en los que hallará V. M. una puntual nota de quanto ha ocurrido, y todas las razones que persuaden sus inteligencias, para explicar su dictamen; y como los grandes negocios tienen por condicion precisa en los hombres el disentir en ellos, no es de admirar se aparte uno ú otro de la comun ó mas fundada opinion.

El mio, Señor, es el que siempre fué, y en varias ocasiones he manifestado á V. M. que se reduce á que dichos Tribunales esten en Sevilla; y que la canal es un privilegio que la naturaleza dió al puerto de Sanlúcar, tan celebrado de todas las naciones, y solo despreciado del que lo posee, por la malicia de los que arrastrados de sus intereses, faltan á la primera obligacion de informar con verdad á su Soberano.

Manda V. M. á la junta en el primer punto, le consulte lo que es mas conveniente en quanto á la residencia de los Tribunales de contratacion, y consulado en Sevilla ó Cádiz; y para exponer yo mi dictamen, se hace preciso exâminar primero, si Cádiz por su situacion formal y material es capaz de formarse en ella una colonia de comercio (como hoy lo está) en que este se maneje con todos los modos y circunstancias que debe tener una tal colonia, para sustentar y corresponder á unos comercios tan vastos, así marítimos como terrestres, como los que se hacen en todas las potencias de Europa, y aun fuera de ella, por aquellas partes de Andalucía, é igualmente todos los que se hacen para las Indias.

Las circunstancias que debe tener una colonia ó capital para establecer en ella los comercios de qualquiera reyno, segun todas las leyes del derecho comun de los reynos, y los escritores, que sobre ello hablan, y lo que mas es, la experiencia y la razon natural dicta, y la observancia de todas las naciones es que se sitúe en parage á proporcion del manejo del comercio que sea capaz en su extension, á que todos los comerciantes esten con conveniencia y sin estrechez: que sea abundante de todo género de frutos, para que estos se compren á precios no exôrbitantes; y en la que se fabriquen todas las oficinas, cor-



respondientes á un tal manejo : y finalmente, que su disposicion sea tal, en que esten seguras todas las mercaderías, y los derechos Reales preservados de los menos fraudes que puedan cometerse, sin otras menores circunstancias que aseguren la tranquilidad del comercio.

La situacion de Cádiz es de terreno ceñido y corto sin capacidad de extension, porque la circunda el mar; de forma que si se establecieran en ella los comercios ya dichos, es incapaz de hallar habitacion con el motivo de ellos; mayormente siendo preciso establecer lonja y casa de contratacion, como tambien para los tribunales; almacenes para las descargas, y aduana capaz de tanto manejo, para evitar fraudes en el reconocimiento de los géneros, y expedicion del despacho, para lo que se necesita de no poco terreno, y necesariamente reducirse á menos habitacion su círculo, lo que producirá y ha producido que las casas suban á exôrbitantes precios sus alquileres, lo que en adelante será intolerable, pues se vé que con solo el amago han crecido mas de la mitad.

Es Cádiz una poblacion que carece de todo género de frutos, pues en su extension ó pequeña Isla, solo se hallarán algunas viñas, que producen á su proporcion escasa cosecha de vino; por lo que aquella ciudad se mantiene de lo que diariamente le entra (que es un todo), pues hasta el agua se le ministra en esta forma, y como tal, el precio de los mantenimientos y agua es muy crecido; y si el mar está inquieto, excede mucho mas; y si tal vez (como freqüentemente sucede) no pueden llegar los barcos, se ponen los que la habitan en muy estrecha congoja, y tal vez puede llegar caso de exponerse á la última ruina; y aunque esto está patente á la vista de todos, lo comprueban bien las repetidas postas que el gobernador de Cádiz despachó en este verano con el solo motivo de no permitir de aquellas vecindades la saca de trigo para aquella ciudad, en que explica el riesgo á que quedaba expuesta, ponderando su situacion por faltarles este ministerio.

Siendo, pues, constante lo que queda dicho, quien dirá con sano dictamen y verdad pura, que están bien situados tan inmensos comercios en una poblacion incapaz de que en ella vivan los que concurren á sus manejos, á exôrbitantes precios



sus casas, falta enteramente de todos los frutos necesarios á la conservacion de la vida humana, y que estos se hayan de comunicar por el mar, expuestos á las contingencias; de modo, que se puede dar caso de que enteramente se carezca de ellos, de que se seguirá su ruina, por lo que llegan á precios tan subidos, como queda dicho, y sin embargo de ser estos males visibles, hay quien los apetezca y persuada por los motivos que despues diré.

En quanto á lo material, es Cádiz lo que dexo dicho, y por lo formal que corresponde á las seguridades de los haberes de V. M., riesgo de fraudes é insultos de enemigos, á que está expuesta, diré, no se halla igual situacion en que están menos resguardados los Reales haberes, ni mejor disposicion para defraudarlos, ni mas fácil de ser asaltada y sorprendida de enemigos, en la forma que hoy está, y lo estará mas en la que se pretende construir.

Por lo respectivo al poco resguardo de los haberes Reales por la disposicion de los fraudes, que allí se cometen (siendo imposible evitarlos) es tan notorio, como la experiencia lo ha manifestado, por lo que así extrangeros, como naturales aman la libertad, que hallan en aquella ciudad, pues su bahía es franca para entrar y salir en ella, sin el menor peligro de ser apresados, ni haber estorbo que impida la entrada y salida, pues se ha visto dar fondo en ella navíos de moros, porque el cañon de la plaza no alcanza á su extension, y así es libre la entrada y salida á todos, reduciéndose su resguardo á unos barcos que zelan sus desembarcos de ropas, ó por mejor decir, concurren á defraudar los Reales haberes. Del modo y forma que se executa, lo dirán otros ministros de la junta, que como mas expertos en aquellos manejos, podrán con mas individualidad manifestar lo que en esto pasa; pues la aventura de aquel puerto franquea, el que se piensen y executen quantos males son trascendentales á V. M. y su reyno, porque su codicia llega á tanto, que hasta la plata se ha hecho mercadería para extraviarla.

Que en la plaza de Cádiz sea conveniente no haya comercio alguno, lo manifiesta la razon, y aconseja la prudencia, apoyada de los sucesos que han acaecido en todas las edades, y



así se hallará en las historias de España, que poseida en diversos tiempos de tantas naciones como la insultaron, ninguna pensó en establecer en Cádiz comercio alguno, pues siendo aquella plaza la llave de todo su continente, la cifieron solo al fin de su defensa, y siempre se conservó en el estado de plaza militar, la que, si como debe, se pone en esta disposición, librárá el susto de que por aquella parte peligren estos reynos, y será todo lo contrario si se reduce en vez de plaza fuerte á teatro de comercios, donde la codicia y la ganancia llevan la primera atencion, tan fácil de introducir por su natural propension al corazón del hombre, que quando V. M. crea tiene guarnicion militar, lo será en el nombre, pero no en el efecto; y como este mal no respeta sagrados, aun en los primeros ministros, se hallarán sus influencias, á excepcion de uno ú otro que cuide mas de su honor, que de sus conveniencias.

La mejor prueba de esta verdad está en el último exemplo en tiempo de V. M. quando en el año de 1702 la insultaron las armas de Inglaterra y Holanda, pues segun la hallaron, la hubieran tomado, si Dios no les hubiera quitado el consejo por defender la causa justa de V. M. Llegaron á aquella bahía, y la plaza la hallaron tan desprevenida, que le faltaba pólvora y municiones, que á toda diligencia se procuró socorrer; el Castillo de Santa Catalina del mismo modo, y el de Matagorda solo presidiado de infinidad de arena, que no costó poco podérsela sacar, para dextarle en estado de obrar; por manera, que si aquellas armadas, como se detuvieron en el desembarco del puerto, y otros giros que tomaron, hubieran derechamente atacado la plaza, no hay duda la hubieran tomado; pues en su defensa solo se hallaria una total falta de lo mas necesario y una gran abundancia de ropas y géneros, que sus dueños y demas interesados, cuidaban mas de su libertad, que de defender sus murallas; y siempre que en ella haya comercio, sucederá lo mismo, pues es imposible ajustar sus reglas y manejo á la buena disposicion y disciplina militar y método con que debe manejarse una plaza fuerte, y de la importancia que es Cádiz; y no me detengo en referir por menor los males que de esta mezcla resultan, porque la



comprehension de V. M. los penetrará todos : y baste solo decir que hasta sus murallas se han vestido del traje de comerciantes, pues ví y oí en aquella ciudad era regalia del sargento mayor de la plaza dar licencias para que arrimado á las murallas, estableciesen tiendas para negociacion, y á este respecto otros inconvenientes de igual perjuicio.

En Cádiz, Señor, y fué siempre desde los Fenicios, plaza militar, antemural de estos reynos, y si fué tratada por todos los predecesores de V. M., y no ha tantos tiempos se vió en este estado, hasta que la malicia de los que buscaron sus intereses, con vanos aparentes pretextos, la han reducido á teatro de comercio, dexándola expuesta como á estos reynos, á que sea insultada de sus enemigos, pues con qualquiera armada que se le acerque, y le arrimen pontones para bombearla, contemple V. M. la confusion de una ciudad, donde las casas estan tan apiñadas, tantos habitantes comerciantes inútiles para la defensa, antes bien impeditivos á ella, por incapaces de tomar armas, y por solícitos á salvar sus intereses, y una guarnicion mas embelesada en la vista, y noticia de tanto tráfico, que cuidadoso de su militar exercicio: ¿y esto puede ser del Real servicio de V. M. y defensa de su reyno?

Hago memoria, que en el Reynado del Sr. D. Carlos II, tio de V. M., habiéndose repartido á los comerciantes franceses hasta la cantidad de 4000 ó 5000 pesos por razon de derechos ó indultos, no habiendo hallado remedio á su queja, acudieron á darla al Señor Rey cristianísimo Luis XIV el grande, abuelo de V. M., quien mandó aprestar toda su armada, que vino sobre Cádiz, y su general hizo intimar á aquel comercio restituyese á sus vasallos las referidas cantidades, pues de lo contrario la reduciria á cenizas. Esta sola intimacion causó tal terror á aquellos comerciantes, y al todo del reyno, originado de estar depositados en aquella ciudad tantos intereses, y ser tan difícil su resguardo, que á tantas instancias se vió precisado el Señor Rey Carlos II á ceder, y mandar se entregasen las cantidades que por aquel general se pidieron.

Contemple V. M., Señor, si en este caso no estan contenidas quantas importancias pertenecen á V. M. y á sus vasallos, y las ilaciones que se deben sacar de que Cádiz no esté en el esta-



do de una plaza fuerte toda militar, sin mas omenage que unos grandes almacenes y cuarteles á prueba de bomba; unas cisternas para conservar el agua, guarnicion fuerte disciplinada y municionada de víveres, armas, pólvora y balas, con las fortificaciones que corresponden á su seguridad (segun hoy se hace la guerra), y últimamente zafa de todo lo que es impedimento para el uso de su defensa; y si en este pie estuviere, ¿qué armas bastarán á contrastarla? Y si puesta en otra forma, ¿podrá V. M. prometerse las seguridades que le afianzará la situacion expresada?

A la vista tiene V. M. lo sobredicho en Gibraltar, pues por descuido de los que á su cargo la debian tener en estado de defensa, fué ocupada en pocos dias de Ingleses, lo que no sucediera si á V. M. se le sirviera con el amor que es tan debido; de cuyo acaecimiento los efectos, que se han seguido contra el servicio de V. M. son mas dignos de sentirse, que de traerlos á la memoria: pero esto me excita la de referir el estado de toda aquella costa, tan expuesta á contingencias, que aunque se crean remotas, la prudencia debe captarlas próximas para aplicar el remedio; pues si el Rey D. Rodrigo, último de los Godos, hubiera tenido presente esta importancia, no hubiera padecido la ruina en su persona, monarquía y vasallos; pues siendo tan opulenta en aquellos tiempos, en poco mas de tres años se vió inundada de la bárbara morisma, y para echarla pasaron 800 años de sudor y fatiga de los reyes sucesores, en que fueron trabajados estos reynos con tan lamentables y trágicos sucesos, como refieren las historias, y el dolor no permite el expresarlos: y es de notar, que en aquellos tiempos aquellos bárbaros no tenian la disciplina militar que hoy tienen, ni la práctica del mar, en la que hoy se hallan establecidos.

(Se continuará.)

## NOTICIAS EXTRANJERAS.

### AUSTRIA.

*Viena 26 de Enero.* Se asegura que la guarnicion de la plaza de Maguncia se compondrá de tropas prusianas y de la confederacion alemana, sea quien quiera la potencia á quien pertenezca.



El dean de la catedral de Munster, Spiegel, que fué llamado aquí por el príncipe de Hardenberg para que trabajase en la organizacion episcopal de la Alemania católica, ha vuelto á marchar á Munster. Su ida se considera como una prueba de que estan ya echadas las principales bases de la organizacion, pues es quien ha presentado á la Prusia en las muchas conferencias que ha habido sobre este asunto.

Lord Castlereagh ha hablado en el congreso sobre el interés de los negros, y ha convidado á las potencias á que declarasen abolido este comercio desde el mismo instante. Esta materia ha servido de objeto de una discusion preliminar entre las potencias que firmaron el tratado de París. No se sabe si este punto se tratará en junta general de todas las potencias ó en alguna particular, compuesta de los ministros de aquellas que tienen un interés directo en este asunto.

El general Fontanelli, antiguo ministro de guerra del reino de Italia, se halla todavía aquí; y el consejo de Guerra le consulta á menudo sobre la organizacion militar de las provincias italianas que está formando.

## GRAN BRETAÑA.

*Londres 1.º de Febrero.* Se han recibido cartas de la Nueva-Yorck hasta 29 de Diciembre, y por ellas se ha sabido que la carta de Mr. Dallas habia esparcido una consternacion general en los Estados-Unidos. Uno de los papeles de Nueva-Yorck dice que Mr. Hanson, individuo del congreso, asegura que el estado presentado por Mr. Dallas de la situacion deplorable de las rentas no es tan triste como el que en la realidad tienen. El tesoro público está de tal modo exhausto y sin crédito, que no se encuentran fondos para pagar los gastos corrientes de diferentes departamentos, y se vé obligado á pedir préstamos de cantidades tan cortas, que un comerciante tendria vergüenza de buscar.

*Con las licencias necesarias.*

POR DON FRANCISCO MARTINEZ DÁVILA,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.